

Lunes

El señor Hughes el Alto, el señor Hughes el Bajo y el señor Puw estaban de pie en la barra del Anchor.

—¿Saben qué estaríamos haciendo ahora mismo si fuéramos caimanes? —preguntó el señor Hughes el Alto, que apenas había hablado de otra cosa que de caimanes durante tres noches consecutivas. Había sido caimanes esto y caimanes lo de más allá.

—No —farfulló el señor Puw mirando, pero sin ver, una hilera de jaeces de latón en el otro extremo del local.

El señor Hughes el Bajo miraba en dirección a las tazas de peltre que colgaban de una de las vigas detrás de la barra. No dijo nada, pero torció hacia abajo las comisuras de la boca y negó con la cabeza.

El señor Hughes el Alto se irguió todo lo que pudo, permitiendo incluso que los talones se le separaran un poco del suelo. A pesar de su nombre, él no era particularmente alto, sólo un poquito más alto que el señor Hughes el Bajo, el cual no era particularmente bajo. Cada uno estaba tan sólo unos centímetros por encima o debajo de lo normal, y era el señor Puw, con su pipa y su gran barba negra, el más bajo de los tres con cierta diferencia.

Decidiendo que ya había mantenido suficiente rato el suspense, el señor Hughes el Alto reveló por fin su último dato con respecto a los caimanes:

—Estaríamos... —dijo—, hibernando.

—Oh —repuso el señor Puw, con la mirada enfocando al fin los jaeces. Le parecieron especialmente relucientes y se preguntó sin mucho entusiasmo si los habrían pulido desde la última vez que les había prestado atención. No tenía ni idea de cuándo habría hecho eso.

El señor Hughes el Bajo siguió mirando con fijeza hacia las tazas de peltre. Torció de nuevo las comisuras de la boca hacia abajo y negó con la cabeza, mesándose el hirsuto bigote gris con los dedos de la mano izquierda.

—Verán, es que estamos en invierno —aclaró el señor Hughes el Alto, llenando la estancia con su sonora voz de barítono—, y en invierno hibernan... —clavó la mirada en su bebida unos instantes y cuando volvió a hablar lo hizo en tono más bajo—, eso hacen los caimanes —bajó los talones y tendió una mano hacia su vaso.

El silencio que siguió se vio interrumpido por el chasquido del termostato de la cámara de las botellas, que la hizo volver a la vida entre traqueteos y roncneos. Hacía mucho más ruido del que debería.

—A esa cámara le hace falta que le echen un vistazo —comentó el señor Hughes el Bajo.

El señor Hughes el Alto y el señor Puw asintieron con las cabezas, pero no dieron paso alguno para alejar la conversación de los caimanes y llevarla hacia el mantenimiento de cámaras.

Esas veladas se hacían largas. A veces el señor Hughes el Alto declaraba lo obvio, contándoles que los caimanes son carnívoros, al menos a efectos prácticos, o que pese a ser cocodrílidos no eran en realidad cocodrilos. Otras veces aclaraba cuestiones poco

definidas, como si ponían huevos o no. El señor Hughes el Bajo y el señor Puw estaban bastante seguros de que en efecto los caimanes ponían huevos, pero ninguno de los dos habría apostado dinero a que era así, sobre todo porque no eran jugadores pero también porque no les preocupaba particularmente que lo hicieran o no. Ya estaban hartos del tema. Sus ojos vidriosos delataban que era así, pero el señor Hughes el Alto no parecía darse cuenta. Recobrando poco a poco la consciencia, continuó donde lo había dejado.

—Y al llegar la primavera —dijo sobre el errático repiquetear de la nevera—, empezaríamos a sentirnos... —hizo una pausa antes de la gran revelación y se irguió todo lo que pudo mirando alrededor para asegurarse de que no lo oyera ninguna mujer. Ellos tres seguían siendo los únicos clientes y la camarera tenía la noche libre, lo que dejaba al dueño solo a la hora de servir las copas, pero de todas formas el señor Hughes el Alto se inclinó hacia los otros y prosiguió con tono confidencial—, empezaríamos a sentirnos retozones. Prestaríamos especial atención a las damas caimán, si entienden a qué me refiero. Eso es lo que les ocurre en primavera a nuestros plantígrados colegas.

El señor Puw y el señor Hughes el Bajo no dijeron nada, pero ambos asintieron levemente con la cabeza.

—Supongo que se estarán preguntando qué significa «plantígrado», ¿no?

Ninguno de los dos se estaba preguntando nada semejante. Tan sólo intentaban, sin demasiado éxito, no imaginarse caimanes haciendo el amor apa-

sionadamente. Ambos se conformaron con que continuara, sin embargo, pues era lunes y pasaba un cuarto de hora de las ocho, y el concurso de preguntas empezaría a las ocho y media, así que tendría que dejar de hablar sobre caimanes al cabo de poco. Volvieron a sus pintas de cerveza amarga mientras oían la definición no solicitada de «plantígrado» como quien oye llover.

—Son iguales que nosotros, en realidad —concluyó el señor Hughes el Alto.

—Oh, sí —farfulló el señor Puw—. Las similitudes son infinitas —su mirada se apartó al fin de los jaeces, y levantó la pipa e hizo un saludo con la cabeza a Barry el Séptico y los Hijos de Relaciones Anteriores cuando entraron por la puerta del fondo del pub, trayendo consigo una fría ráfaga del aire de fuera.

—¿Listos para que os humillen? —exclamó Barry el Séptico saludando a su vez con la cabeza.

—No, pero espero que vosotros sí lo estéis —respondió el señor Puw—. Esta noche vamos a haceros picadillo. Tenemos un arma secreta.

—¿Oh, sí? Y ¿de qué se trata..., de tu barba?

—No, no se trata de mi barba —el señor Puw estaba muy orgulloso de su gran barba negra. También se sentía orgulloso de su gran panza redonda, pura cerveza amarga Brains según decía, y de no fumar otra cosa que tabaco de pipa en la era de los cigarrillos—. Se trata de algo completamente distinto.

—¿Como qué?

—Eso supondría contártelo, ¿no?

Barry el Séptico sabía, como todo el mundo, que no tenían ninguna clase de arma secreta.

Los Hijos de Relaciones Anteriores colgaron sus abrigos y se sentaron en su mesa habitual, en el lado del bar del pub, mientras Barry el Séptico conseguía la primera ronda del señor Edwards, el dueño, que había emergido de su santuario detrás de la puerta en que se leía PRIVADO y empezado a servir cuatro pintas de Brains sin que tuvieran que pedírselas.

El Anchor tenía dos puertas de entrada de cristal, una grabada con las palabras SALÓN DE TÉ y otra con la palabra BAR, pero los tiempos de precios distintos y servicio diferente habían pasado hacía mucho, y la pared divisoria se había quitado en los años setenta. Ahora era simplemente el mismo pub de un lado y del otro, pero la gente seguía refiriéndose a cada zona con su antiguo nombre, y el señor Hughes el Bajo, el señor Hughes el Alto y el señor Puw siempre entraban por la puerta del SALÓN DE TÉ y se quedaban en ese lado del pub, y Barry el Séptico y los Hijos de Relaciones Anteriores siempre entraban por la puerta del BAR y se quedaban en ese lado del pub.

En invierno era frecuente que estuvieran tan sólo ellos siete, además de quien estuviese detrás de la barra, y en las rarísimas ocasiones en que Barry el Séptico y los Hijos de Relaciones Anteriores se pasaban la velada entera jugando al billar americano en el pub del otro lado del puerto, sólo estaban el señor Hughes el Alto, el señor Hughes el Bajo y el señor Puw. En verano, sin embargo, el pueblo se llenaba de veraneantes, y el Anchor estaba atestado. Gran parte del tiempo se hacía difícil encontrar un sitio en el que sentarse o estar de pie, y aunque Barry el Séptico y los Hijos de Relaciones Anteriores nunca se perdían una noche de copas, los tres hombres se sentían

inclinados a pasar el tiempo libre ocupándose de sus huertos de verduras o de labores pendientes en casa. Como estaban casados, se sabía del señor Hughes el Bajo y del señor Puw que incluso pasaban veladas con sus esposas. Los lunes aparecían para la noche de concurso pasara lo que pasase, llegando temprano para asegurarse una mesa, pero la mayoría de noches se dedicaban a matar el tiempo en casa, ansiando calladamente el fin de la temporada, tras el cual el Anchor volvería a ser suyo. Una vez lo habían recuperado, era rara la ocasión en que no se les veía a los tres de pie en la barra durante buena parte de la velada.

Tenían los vasos casi vacíos.

—Es su oronda... digo... su ronda, señor Puw
—dijo el señor Hughes el Bajo.

El señor Puw se dio unas palmaditas en la tripa y dijo:

—Es posible que haya engordado un poquito con los años, pero no hace falta tocar temas personales.

Habían mantenido ese mismo intercambio, palabra por palabra, durante años, pero sonrieron mientras el señor Puw daba el último sorbo y dejaba el vaso vacío sobre la barra. Todos observaron al señor Edwards darle el cambio a Barry el Séptico y acercarse a su zona del pub, donde sirvió tres pintas de Brains sin que tuvieran que pedírselo.

El señor Edwards dejó el cambio del billete de diez libras del señor Puw sobre la barra mientras los tres hombres bebían de sus nuevas pintas y se enjugaban la espuma de los labios con las mangas. La cámara había detenido su ronroneo y se hizo el

silencio entre ellos. El señor Hughes el Alto decidió llenarlo.

—De hecho —dijo—, si uno mira con atención, algo que siempre advierte con respecto a los caimanes es que...

Se vio interrumpido al abrirse la puerta del salón de té. No se abrió gran cosa, sólo lo suficiente para que entrara Miyuki Woodward. Todos se volvieron a mirarla, y el bar se sumió en el estupor al caer todos en la cuenta de que ya era esa época del año otra vez.

La calma no duró mucho.

—¿Has vuelto de entre los muertos? —exclamó Barry el Séptico desde su asiento en el otro extremo del pub.

—He vuelto a por ti —repuso ella.

—Es como la peste, que siempre vuelve —comentó el señor Hughes el Alto, que no parecía demasiado molesto por que lo hubiesen interrumpido.

—Exacto —dijo la chica—. No pueden librarse de mí.

—Es un honor volver a verte —anunció el señor Hughes el Bajo, como Miyuki supo que haría.

—Es un honor verle a usted también —repuso ella con un suspiro.

—Bienvenida de nuevo, Muslotes —dijo el señor Puw sonriendo con calidez a través de la gran barba negra al percatarse de que quizá tendrían un arma secreta después de todo—. Te hemos echado tremendamente de menos, ¿sabes?

—Me alegra oírlo.

El señor Edwards sonrió al reconocerla, negó con la cabeza y soltó:

—Recórcholis.

Miyuki le devolvió la sonrisa.

—Lo de siempre, por favor —se trataba de una prueba, porque habían transcurrido once meses y medio.

—Recórcholis —repitió el dueño, riendo por lo bajo mientras tendía la mano hacia un vaso y lo llenaba de Brains.

Le dejó la pinta delante, y Miyuki le dio un billete de cinco libras. Cogió el cambio, le dio las gracias, observó las monedas y calculó que la pinta había subido cinco peniques, ni más ni menos de lo que habría esperado. Cogió el vaso con ambas manos y bebió un dedo de cerveza.

—Nos vemos luego —les dijo al señor Hughes el Alto, al señor Hughes el Bajo y al señor Puw.

—Oh, sí, nos verás luego, Muslotes —repuso el señor Puw—. No te preocupes.

Miyuki se quitó el abrigo, lo dejó doblado sobre un taburete y se sentó en la pequeña mesa redonda de un rincón del local, bajo el lucio disecado en su vitrina de cristal. Se bebió casi la mitad de la pinta de una sola vez y miró alrededor suyo. Era como si las anteriores cincuenta semanas no hubiesen existido. La gente era la misma que cuando estuvo allí la última vez y el pub no había cambiado en absoluto. Barry el Séptico seguía teniendo el cabello corto en la coronilla y largo por detrás, en la chimenea del salón de té ardían carbón y leña, y aunque las fechas caían en días distintos de la semana, la página de enero del calendario de la fábrica de cerveza estaba decorada con la misma acuarela del caballo de tiro que el año anterior.

Al tiempo que se sentía parte de la escena, cayó en la cuenta de que tampoco ella había cambiado gran cosa. Estaba bebiendo lo que siempre bebía y sentada donde solía sentarse, al final del banco que recorría la pared desde el rincón del fondo hasta la chimenea. Llevaba el mismo jersey marrón y las mismas botas que se ponía casi siempre para ir al pub el año anterior, y aunque los tejanos eran en teoría distintos, procedían de la misma tienda, tenían el mismo tono exacto de azul y las mismas salpicaduras multicolores de pintura. Su cabello lucía el mismo peinado corto de hacía años y se lo apartaba de la cara una cinta negra que no recordaba haber comprado en los meses transcurridos, y aunque siempre estaba haciéndose el propósito de enmendarse, seguía teniendo las uñas en carne viva de tanto mordérselas.

En ese preciso momento un espantoso chirrido de realimentación los hizo esbozar a todos una mueca. Habían enchufado el equipo, y el señor Hughes el Alto, el señor Hughes el Bajo y el señor Puw ocuparon sus asientos habituales de las noches de concurso en el extremo opuesto del banco de Miyuki, en torno a la mesa junto al fuego.

Miyuki dejó ante sí el libro sin abrir. Sabía por experiencia que no podría concentrarse, pero no le importó porque había leído la mayor parte en el tren y el autobús, y sólo le quedaban unas páginas para acabarlo. Además, estaba segura de saber quién era el asesino.

El presentador del concurso, un técnico de telefonía jubilado a quien se le pagaba en pintas de cerveza y bolsas de cortezas de cerdo, había aparecido sin